

# Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

## Felipe II y la Conquista de Portugal.

### I

#### Acción política de Felipe II.

Con placer recibí la invitación que se sirvió hacerme nuestro digno Director para que, en este solemne acto, os dirigiese mi modesta palabra. Al aceptar este compromiso, mejor dicho, al imponerme este deber que considero de absoluta obediencia, no tuve en cuenta la escasez de mis fuerzas, debilitadas por los muchos años de un incesante trabajar; me fijé tan sólo en vuestra acostumbrada benevolencia. Ni reparé siquiera en las dificultades que habría de ofrecerme la elección de tema para mi disertación, tratado ya y divulgado con magistral sabiduría en academias y prensa todo cuanto se refiere al estudio del reinado de Felipe II, en general, y al que, por su especial relación con Toledo, ha sido objeto de este certamen.

Mas al preguntar sobre cuál de ellos habría de versar mi discurso, y dejándolo a mi elección, se me ocurrió, desde luego, que a fin de corresponder de algún modo a la generosidad con que el ilustre prócer, Excmo. Sr. Duque de Alba, nuestro Académico honorario, ha querido contribuir a este acto solemne, ningún otro tema parecióme más adecuado y, por otra parte, más conforme con mi profesión, que el propuesto, o sea, *Felipe II y la Conquista de Portugal*. Tema que comprende el período histórico más transcendental del reinado de Felipe II, bajo el punto de vista político, no menos importante si se le considera en su aspecto militar, estudiado con gran interés y tratado con rara imparcialidad, merced a la espléndida documentación conservada en nuestros archivos, en gran parte divulgada por crecido número de historiadores de varias naciones y de todas las épocas, que-

dando hoy reducida nuestra misión a cerner y aprovechar toda investigación ajena. Período en que se confirma la fama de expertísimo diplomático, atribuída al católico Monarca, a la vez que se nos manifiesta la consumada pericia con que el gran Duque de Alba sometió a la regia obediencia de Felipe II el reino lusitano.

Corría el año 1578 cuando el joven Rey D. Sebastián, tipo y dechado de aquella andante caballería, que poco después matara de una risotada el manco de Lepanto; hábido de gloria y exaltado por su imaginación romancesca, decidió con tomeraria imprudencia llevar la guerra a Marruecos en lo más rigoroso del estío. No bastaron los consejos inspirados en la sana razón, ni las reflexiones atinadas con que su favorito D. Cristóbal de Tabora y todos los hombres de sano juicio intentaron disuadirle; en vano desaprobó tan loca empresa su tío Felipe II en personal entrevista celebrada en Guadalupe en diciembre de 1576, a la que asistió el Duque de Alba, quien tampoco escaseó los consejos de su experiencia, recibidos, por cierto, con inoportuna y altanera descortesía. Con un ejército de 10.000 portugueses, aumentados con 2.000 españoles, 3.000 alemanes y 600 italianos, que, a las órdenes de D. Alonso de Aguilar le envió el Rey de España, pasó D. Sebastián al ardiente suelo africano, acompañado de lo más florido de la nobleza de su reino, y de personajes de regia estirpe. No se hizo esperar mucho tiempo el funesto desenlace de aquella mal dispuesta expedición; el día 4 de agosto los dorados rayos de un sol canicular alumbraron en Alcazarquivir la rota más desastrosa que registra la historia de Portugal, cayendo allí sin vida el intrépido Monarca con la nobleza lusitana y los castellanos de D. Alonso de Aguilar.

La catástrofe de Alcazarquivir, que dejaba vacante el trono de Portugal, no pudo por menos de causar profunda impresión en la Corte de España. Hallábase el Rey D. Felipe celebrando la fiesta de San Lorenzo en el Escorial, y en el acto, sin detenerse, como solía, a revistar las obras, salió por una puerta escusada de los jardines, emprendiendo casi solo el camino de Madrid. Fallecido el Soberano portugués, sin descendientes directos y legítimos por línea masculina, podía abogar D. Felipe justos títulos, no faltando quienes le aconsejaran que desde luego hiciese valer sus derechos a empuñar el cetro portugués. Del mismo Duque de Alba se dijo que, al recibir el mandato del Rey disponiendo

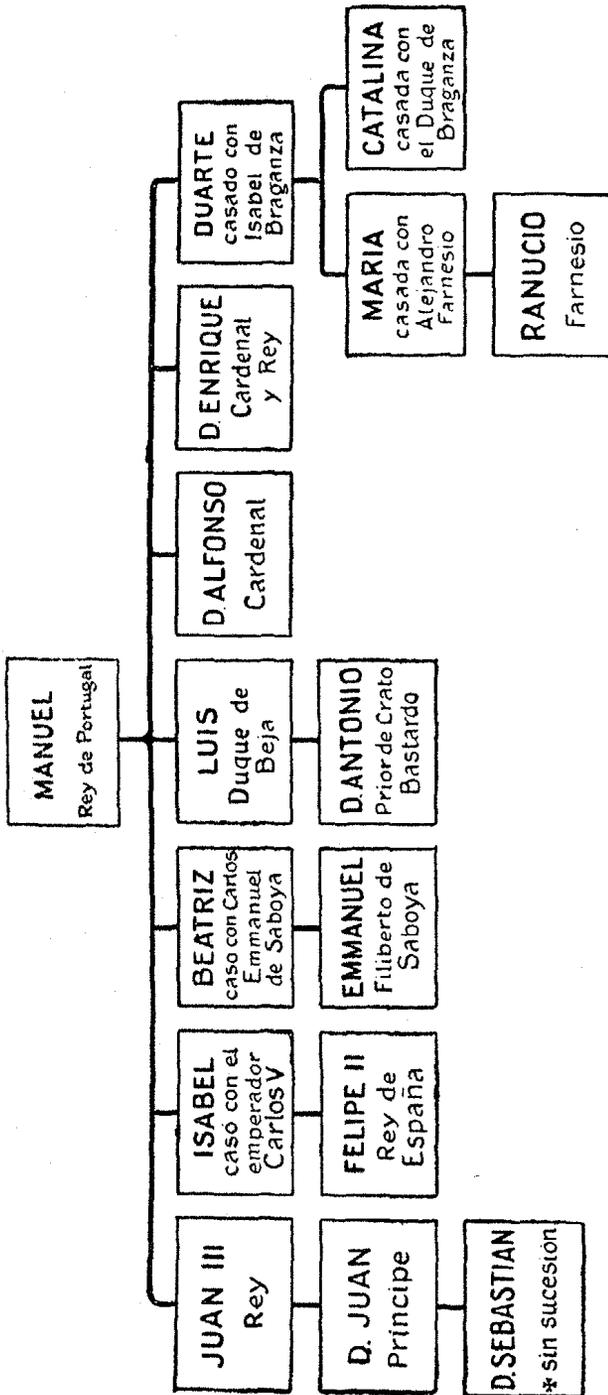
las exequias que habían de celebrarse para honrar la memoria de D. Sebastián, respondióle: «que fuera mejor ir a hacellas al Monasterio de Belen», a lo que D. Felipe replicó: «el tiempo os mostrará cuán errados fuéramos». En efecto, no era aquel el momento de penetrar en Portugal a disputar la corona al Cardenal D. Enrique, a quien sin pérdida de tiempo juraron los portugueses; reservábase hacer valer sus derechos para aquel en que, fallecido el Cardenal, cuya vida no podía dilatarse mucho tiempo, teniendo en cuenta su edad avanzada, achaques y constitución delicada, se hallase Portugal sin cabeza que lo dirigiese, ofreciéndose entonces ocasión más propicia de conseguir fácilmente lo que antes fuera arriesgado y de éxito dudoso.

Procedió, pues, el Rey de Castilla con toda previsión y cordura, demostrando las dotes de profundo político que poseía en grado eminente y que desenvolvió, cual en ningún otro asunto, en las hábiles y complicadas negociaciones que precedieron a su enaltecimiento al trono lusitano. Para no perder tiempo en la ejecución de su pensamiento, comenzó por ordenar al Marqués de Santa Cruz que acudiese con las galeras a proteger las plazas de Portugal en Africa, temeroso de que el moro, fiado en su victoria, pretendiese apoderarse de sus débiles guarniciones.

Por falta de sucesión directa, la corona portuguesa, envuelta en fúnebre crespón de Alcazarquivir, vino, el 28 de agosto de 1578, a ceñir las arrugadas sienes del Cardenal D. Enrique, último hijo que sobrevivió del Rey D. Manuel; y, como escribe un autor, se la encasquetó con una fuerza que no era de sospechar en un anciano sordo, casi ciego y en extremo estado de flaqueza. Ambicioso, vano, altanero, turbulento, pasó su larga vida en codiciar la tiara, en turbar con sus manejos el reinado de D. Juan III y la minoridad de D. Sebastián. Al posesionarse del trono, con ademán confiado de ocuparlo largo tiempo, empezaron a agitarse, desde el primer día, los derechos, las intrigas y pasiones de varios pretendientes. Examinada la descendencia del Rey D. Manuel (1), resultaba, desde luego, que D. Antonio, Prior de Crato, por su calidad de hijo bastardo, estaba inhabilitado para la sucesión del trono; rechazado aquél, los más allegados por sucesión legítima al difunto D. Manuel, eran el Rey de España, Manuel Filiberto de Saboya; Ranucio Farnesio, hijo del Príncipe

---

(1) Véase el adjunto árbol genealógico.



Árbol genealógico.

de Parma, y D.<sup>a</sup> Catalina, Duquesa de Braganza. El derecho de Felipe II resultaba preferente con relación al Duque de Saboya, por ser éste más joven que el Rey católico y su madre D.<sup>a</sup> Beatriz, de menor edad que D.<sup>a</sup> Isabel, madre de D. Felipe. El parentesco de Ranucio con el Rey D. Manuel era más remoto, y el de la Duquesa de Braganza, aparte del derecho que pudiera asistirle, Felipe II tenía sobre ella la circunstancia del sexo y la edad. Pero hubo de ser combatido por algunos, fundados en una supuesta ley hecha en las Cortes de Lamego, en tiempos de don Alfonso Enrique, según la cual eran excluidos del trono las hijas del Rey que contrajesen matrimonio con Príncipes extranjeros, cuando no se conocía semejante ley. Pretendía asimismo la Reina de Francia, D.<sup>a</sup> Catalina de Medicis, tener buenos títulos para ceñir la corona portuguesa, por ser descendiente en línea recta y legítima de Matilde, Condesa de Boloña, y de Alfonso III, Rey de Portugal. Mas como Matilde no tuvo hijos de este matrimonio, es indudable que carecía de todo derecho. A estas débiles pretensiones, uníase la que con cierta timidez presentaba la Corte de Roma, aduciendo textos de ciertos actos de reconocimiento y vasallaje ofrecidos al Pontífice por algún Rey portugués; a lo cual se objetaba que la piedad de Alfonso Enríquez y otros Monarcas no pudo alcanzar jamás a que los dominios lusitanos se sometieran en lo temporal a la autoridad del Sumo Pontífice. Recibía entretanto Felipe II los pareceres de sabios teólogos castellanos, previamente consultados, emitiendo dictamen favorable a sus pretensiones: Fray Diego de Chaves, de aventajado saber; el insigne Arias Montano, y frailes doctísimos de Salamanca; y para esforzar todavía más el derecho, pidió parecer a la Facultad de teología de la Universidad de Alcalá, la cual, con mayor detenimiento dió respuesta favorable a todos los puntos que propusiera el Monarca. Y no eran sólo los teólogos castellanos, ligados por motivos de respeto y acatamiento a la voluntad del Rey, los que así discurrían, que también los más doctos prelados portugueses pensaban y escribían en este mismo sentido. El Obispo de Algarbo, Dr. Jerónimo Osorio, que merecía la fama de hombre virtuoso y de esclarecido entendimiento, expuso en una carta al Reino su parecer acerca de la sucesión, en la que examinando los argumentos y pruebas aducidas por los pretendientes, mostrábase favorable a Felipe II, dictámenes todos ellos que justificaban los propósitos de éste, y a la vez servían de contrapeso a

la acción incesante de la corte pontificia, manifiestamente adversa a los planes del Rey de España.

Este, seguro de su derecho y de su fuerza, tendió por Europa sus guerrillas diplomáticas para detener y anular las pretensiones extranjeras, poco temibles en sí por las personas, más por las complicaciones internacionales con Inglaterra y Francia, y se consagró personalmente a combatir las nacionales, preparándose con calma para el momento de la muerte del Rey Cardenal; mientras éste, acosado por todas las impaciencias, vivía en constante agitación y perplejidad. Se inclinaba al principio a la de Braganza, como nieta del Rey D. Manuel; abominaba al de Crato, cuya bastardía le anulaba, haciéndosele insoportable, además, por su incorregible inquietud; y si llamaba a D. Felipe, atentaba contra la independencia de la Patria, el más vivo sentimiento del pueblo portugués. Tenazmente apegado a la vida, sin fuerza física ni moral para tomar resoluciones enérgicas, el Cardenal se defendía con evasivas y aplazamientos, convocando Cortes, preparando regencias, nombrando tribunales que examinasen los títulos y derechos de los pretendientes, y en fin, un día, puesto que el eje de todo consistía en la sucesión directa, soñó en procurársela contrayendo matrimonio, a pesar de su púrpura y vejez. Con gran misterio solicitó del Sumo Pontífice la necesaria dispensa para casarse, faltándole tiempo al Rey de España, así que lo supo, para enviar las oportunas instrucciones a su Embajador en Roma D. Juan de Zúñiga, dirigidas a estorbarlo y a evitar el escándalo que de otro modo se hubiera producido en la cristianidad, a la vez que enviaba a Lisboa, en los comienzos del año 1579, al docto dominico Fray Fernando del Castillo, el que, obtenida audiencia, manifestó al Cardenal D. Enrique, en largas y fundadas consideraciones, lo extraño de sus pretensiones, solicitando una dispensa sin ejemplo. Aunque tomó como un agravio la embajada de Fray Fernando, a quien mandó salir de Portugal, no dejaron de causar en su ánimo notable efecto las advertencias del Rey católico.

Este, para tan arduo negocio como el de la sucesión de Portugal, había ya creado una junta especial y secreta, donde afluían todos los asuntos, que él detenidamente examinaba y resolvía. Componíanla el Cardenal Quiroga, fray Diego de Chaves, su confesor, el citado Fray Fernando del Castillo, los Presidentes del Consejo Supremo de Justicia y de Ordenes, los Marqueses de

Aguilar y de Almazán, los licenciados Molina, Liébana, Fuenmayor, Vázquez y D. Juan de Silva. Teólogos y juriconsultos estudiaban, informaban, redactaban manifiestos, réplicas, folletos; agentes diplomáticos, esparcidos por Europa, vigilaban y negociaban; se aprestaban sordamente barcos y tropas; ingenieros reconocían el territorio portugués; lo inundaban viajeros, mercaderes, frailes españoles, para preparar la opinión pública; era, en fin, aquéllo una red invisible tendida por el hombre más poderoso de la tierra y que prolongaba sus brazos, incansables en el trabajo, con los de otros experimentados y encanecidos en los más complejos negocios del Estado. Descollaba entre ellos don Cristóbal de Moura o Mora, portugués de nacimiento, paje de la Princesa D.<sup>a</sup> Juana, hermana de Felipe II y madre de D. Sebastián. Educado en el palacio de Madrid, fué gentilhombre del desgraciado Príncipe D. Carlos, siguiendo en el servicio inmediato del Rey, que en él reconocía prendas nada comunes de lealtad, reserva y honradez. Espíritu sagaz y penetrante, solícito y paciente, incisivo y ameno, se cubría con la suave y penetrante máscara de una inmutable afabilidad y atractiva llaneza. Ni hecho de encargo hubiera encontrado el Rey instrumento más dócil y seguro, como él mismo se complacía en manifestarlo. Fué enviado a Lisboa de Embajador, asociándose al que ya lo ejercía, el Duque de Osuna, para felicitar al nuevo Rey por su advenimiento, y al punto se hizo el pararrayos de todas las electricidades, el nudo central de todos los hilos de aquella revuelta madeja política. Observador profundo, más bien como médico que como espía, transmitía hora por hora a su amo los latidos, las pulsaciones de aquel Monarca moribundo, de aquel pueblo agonizante. Disponiendo de la voluntad de Felipe II, estableció en su gabinete una verdadera oficina de enganches, donde había mercedes y regalos, proyectos y promesas para todas las clases y para todos los gustos. Al país, en conjunto, se le aseguraba su autonomía política, a cada círculo social sus privilegios. Al clérigo se ofrecían prebendas, al mercader ventajas económicas; a todos se les dejaba entrever un horizonte sin límites de aquella España invencible, inagotable. La alta aristocracia vió que, en efecto, ofrecíasela mayor teatro para su grandeza; la gente oficial más pingües beneficios. Pero ya en las capas inferiores, en la burguesía, en el clero, en la plebe, la sutil y acerada herramienta de Mora se embotaba. Para la muchedumbre, inaccesible al halago, cada vez

más encrespada y más patriótica, había que esperar el efecto, en su día, de los cañones del Duque de Alba, que previsoramente se preparaban.

En las Cortes abiertas el 8 de mayo de 1579, comenzaron a señalarse estas dos corrientes encontradas: la una en la superficie, en el fondo la otra; en las de 1580 ambas se hicieron más visibles. El viejo Rey, su corte, la grandeza, el alto clero, se doblegaban sumisos a Felipe II; pero tenía éste en contra toda una población conocida con el nombre de cristianos nuevos, judíos y moros convertidos que veían una especie de prenda en el hijo de Violante Gómez; la plebe, a quien él mismo interesaba y seducía por sus maneras; el instinto nacional, que buscaba por todas partes una bandera y no veía otra que la suya.

A fin de sostener mejor su causa y decidir en su favor al doliente Cardenal, no economizaba D. Felipe esfuerzos y promesas. Pareciéndole insuficientes las hechas anteriormente, y queriendo obtener el logro de sus designios sin recurrir al empleo de la violencia, autorizó al de Osuna para que ofreciese mayores ventajas. Prometía conservar los fueros y privilegios que disfrutaba el reino lusitano; proveer en naturales todos los oficios de Justicia, Gobierno y Hacienda; despachar y resolver siempre los negocios del reino con el consejo y auxilio de funcionarios naturales del país; dar sólo a los portugueses las capitánías del reino y de las fronteras en los territorios conquistados, igual que las villas, ciudades, derechos reales, prelacías, beneficios, maestrazgos, prioratos, encomiendas, y no celebrar en lugar extranjero cortes sobre asuntos concernientes a los reinos y señoríos lusitanos. En todo lo cual se veía el propósito de que Portugal conservara su autonomía política y administrativa. Y aunque juzgara que las pretensiones de la Duquesa de Braganza y de don Antonio ofrecían escaso fundamento, no vacilaba en mostrarse generoso acrecentando la hacienda y autoridad de los pretendientes portugueses, haciéndoles merced conforme al parentesco que con ellos tenía. Pero la Duquesa, confiada en el eficaz auxilio esperado de Francia e Inglaterra, sin que lograrse al fin obtener un concierto entre los Gobiernos de París y Londres, más por irresolución y temor del Monarca francés que por falta de deseos en suscitar obstáculos a la política del Rey D. Felipe, cuya preponderancia excitaba profundos celos en todas las cortes de Europa, rechazó con altivez toda idea de concierto, que diera

por resultado la unión de Portugal a la corona de Castilla. Menos escrupuloso el prior de Crato, no vaciló en tratar con los Embajadores de Felipe II, y aun con el mismo Monarca castellano, a la vez que alentaba a sus parciales excitándoles a combatir la dominación extraña. Nada parco en sus demandas, solicitaba el prior que el Gabinete de Madrid, después de consumada la unión de los dos reinos, le nombrase Gobernador perpetuo de Portugal y sus conquistas, con otras mercedes pecuniarias de sumo valor e importancia, al mismo tiempo que concertaba con sus partidarios el plan de una gran sublevación que había de estallar tan pronto como el anciano Cardenal declarase sucesor a D. Felipe; conducta censurable que mal se conformaba con el empeño de ofrecerse ante las muchedumbres como digno imitador del maestro de Avis. Mucho anhelaba Felipe II obtener pacíficamente la corona portuguesa; pero tales condiciones no pudieron ser admitidas por el Rey católico sin mengua de su autoridad y menoscabo de su prestigio.

Entre tanto que la de Braganza y el de Crato solicitaban el apoyo de los procuradores, los embajadores Mora y Osuna desplegaban suma actividad cerca del Monarca moribundo, instándolo a que resolviese el negocio de la sucesión en favor del Monarca católico, dejando frustradas sus esperanzas con la muerte ocurrida en la noche del 31 de enero de 1580, y el reino en la más grave y angustiosa situación.

No había permanecido inactiva la Corte de Castilla en previsión de que por fin se hiciese necesario encomendar a las armas la decisión del asunto, si el Cardenal falleciese sin declaración de heredero. Sus virreyes de Nápoles y Sicilia aprestaron tercios y galeras, levantando en Toscana y Umbría 4.000 Infantes que mandaría Pedro de Médicis; el Conde de Lodron alistaba 6.000 lansquenets, que por Milán vendrían a embarcar en Génova, a la vez que 72 capitanes recorrían la península para levantar 14.000 Infantes que se organizarían en tercios; tropas que fueron después concentradas en las costas de Andalucía con el pretexto de que en breve realizarían operaciones militares en Africa y tomarían posesión de la plaza de Larache, cuya entrega negociaba con el jerife el mensajero castellano Pedro Venegas de Córdoba, quien con éste y otros pretextos se trasladó a Marruecos por orden del Rey católico el año 1579, logrando con todo ello, más el nombramiento de capitán general de la Costa de Granada a

favor de Sancho Dávila, mantener la incertidumbre en todo el reino de Portugal.

Todos estos elementos habían concurrido sucesivamente a formar el ejército de invasión; pero faltaba su general en jefe, porque Felipe II tuvo el acierto de conocer su falta de aptitudes para el mando personal de las tropas en campaña. Pensaban algunos en el Duque de Medinasidonia, otros en el Marqués de Mondéjar; pero la opinión general se mostraba favorable al anciano Duque de Alba. Estaba el noble caudillo, a la sazón, recluído en la villa de Uceda, por fútil motivo, que sólo puede explicarse visto hoy a la luz de la lejanía, teniendo en cuenta la índole de aquella sociedad y la fortaleza de las instituciones que entonces imperaba. Soportando con fuerte espíritu los rigores y desvío del Soberano que pagaba con ingratitud injustificada los servicios del vencedor de Muhlberg y de Gemmingen, vió llegar desde su destierro de Uceda el momento en que exigían los asuntos de Portugal un caudillo que al frente de las tropas secundase los planes del Rey católico. Ilustre varón que desde la edad temprana dedicara la vida entera al servicio de su patria se distinguió apenas salido de la infancia como soldado valeroso, en el sitio y toma de Fuenterrabía; acreditó en Alemania y Africa que era tan prudente en el consejo cual animoso en el combate. Elevado por sus insignes dotes a los puestos más encumbrados, se dió a conocer como capitán esclarecido, peleando contra los protestantes alemanes, y en un sólo golpe de ingenio y osadía deshizo en Muhlberg la poderosa y temible liga de Smalkalda. La campaña que dirigió en Italia contra el Duque de Guisa afirmó su reputación militar. Y si, como gobernador de los Países Bajos realizó actos de rigor, es indudable que su conducta severa obedeció a las instrucciones que recibiera del Rey, quien creyó dominar la insurrección de los flamencos reprimiéndola con energías, ya que los procedimientos de templanza hasta entonces usados no alcanzaron favorables resultados. General de clarísimo ingenio, previsor y reservado; inflexible ministro del poder real, al que profesaba más aún que respeto, cierto género de culto y veneración; capaz por obedecer a su Rey de faltar a los deberes de su conciencia, según afirmación de Cánovas del Castillo; amante y sostenedor severo de la disciplina, cual ningún otro caudillo de su tiempo, asombra al militar que estudia aquellas venturosas páginas de nuestra historia, la inimitable

marcha que en julio de 1567 efectuó desde el Milanesado hasta los Países Bajos, a través de Saboya, Borgoña, Franco-Condado y Lorena, la cual marcha, si fuera notable, hoy mismo en que las costumbres son distintas y muy diversas la organización de los ejércitos, alcanza mérito extraordinario en una época en que la soldadesca se entregaba con frecuencia al saqueo, que si no autorizaba, disculpaba cuando ménos la falta de puntualidad en cubrir las más apremiantes atenciones de aquellos guerreros que paseaban triunfantes por todos los ámbitos de Europa y de América. General de seguros cálculos y más atento al éxito que a la vanagloria, avaro de la sangre del soldado, que economizaba con singular empeño, procuró siempre conseguir su objetivo por medio de hábiles concepciones estratégicas. De intachable honradez administró con integérrima mano los caudales del Ejército. Los más discretos, y con ellos la voz pública, señalaban a D. Fernando Alvarez de Toledo para dirigir el ejército; pero D. Felipe, conservando hacia aquél el resentimiento que le inspirara su conducta en el asunto de D. Fadrique, antes de confiarle el mando supremo, vaciló mucho. No fué bastante que el Consejo de Castilla y la Junta que entendía en los asuntos de Portugal se lo recomendasen con vivo empeño y que, apoyados en tan valiosos consejos, interpusieran el suyo los secretarios Zayas y Delgado, bien que con el recelo y timidez propios de quien teme severa repulsa. No quiso tomar acuerdo en tanto que D. Cristóbal de Mora no emitiera su juicio acerca del efecto que entre los portugueses habría de producir el nombramiento del famoso caudillo. Calculando acertadamente el astuto Mora todo el crédito que daría a la empresa el mando del Duque de Alba, y aun sabiendo que contrariaba la inclinación y deseos del Rey, expúsole su parecer, en todo favorable a la propuesta del Consejo de la Junta de Portugal y del secretario Delgado, aconsejando al Rey que el caudillo se trasladase luego a Extremadura. Accedió por fin el Monarca a satisfacer la opinión general, y por medio de su secretario Delgado preguntóle si se hallaba con salud para dirigir la guerra, respondiéndole sin demora el desterrado *que nunca reparara en ello para servirle*, y mostrándose una vez más modelo de abnegación, lealtad y patriotismo, apercibióse al momento para emprender su viaje a Llerena, punto el más indicado para dirigir la concentración de las tropas; donde apenas llegara solicitó el auxilio del afamado y valeroso Sancho Dávila, nombrado

ya Maestro de campo general, y donde concurrió también el Marqués de Santa Cruz a fines de abril para concertar el plan de operaciones combinadas de mar y tierra.

Mientras se activaban toda clase de aprestos y a fin de prestar más calor a los asuntos de la guerra, haciendo ver a los portugueses cuán decidido estaba el Rey a conseguir por fuerza lo que por derecho le era debido, resolvió salir de Madrid el 5 de marzo para Guadalupe, a donde llegó el 24, recibiendo allí los mensajeros portugueses enviados por los gobernadores para exponerle lo muy obligados que éstos estaban por el juramento prestado en vida del Rey D. Enrique a defender el reino y no entregarlo sino a quien por justicia fuese declarado. Quiso acercarse más a la frontera, entrando el 4 de mayo en Mérida, donde también llegaron Manuel de Melo y el Obispo de Coimbra, entregándole nuevas proposiciones de los regentes lusitanos en todo análogas a las que recibiera en Guadalupe, contestándoles como lo hiciera a éstos: que constando ya notoriamente en el mundo el derecho que le asistía, y no habiendo juez legítimo ni competente para fallar la causa de la sucesión al trono portugués, no debían ni podían cumplir los gobernadores el juramento indicado, y que en su virtud les rogaba que se decidiesen a recibirle por su Rey y señor natural. Y como atribuyese el Rey al propósito anunciado de reunir Cortes un deseo decidido de dilatar el negocio, trasladóse a Badajoz, resuelto a entrar en Portugal con su ejército, no sin fijar antes un plazo para recibir la obediencia de los portugueses, que había de terminar el 8 de junio. Aterrados los gobernadores con esta decisión, todavía insistieron en exponer al Rey D. Felipe que, siendo indispensable reunir los Estados, dada su incompetencia para resolver acerca de la sucesión, solicitaban que S. M. se detuviese hasta recibir respuesta de las Cortes que habían de reunirse. A lo cual objetó el Rey que la experiencia venía enseñándole que nada bueno debía esperar de la nueva reunión de los Estados, y que no recibía el reino de mano de éstos, sino de la de Dios y de su derecho, y que para entrar un Rey en su reino nunca fueron menester Cortes. Por tanto, no estaba dispuesto a suspender la marcha de su ejército para los alojamientos de la frontera.

En los comienzos de mayo, en orden ya los aprestos de guerra, salió el Duque de Alba de Llerena para Badajoz, hacia donde fueron concentrándose las tropas, exceptuando los tercios

de Martín de Argote y Rodrigo de Zapata, que marcharon a Cádiz para embarcar en la escuadra del Marqués de Santa Cruz. D. Francés de Alava, que era el general de la Artillería, dábale prisa para que se reuniesen a tiempo las piezas traídas de Italia a Gibraltar y las costas andaluzas. A primeros de junio hallábase ya concentrado en Badajoz el grueso del ejército con los elementos necesarios para que no detuvieran su marcha acontecimientos imprevistos; dióse forma a la composición de los mismos; nombráronse los jefes que habían de tener a su cuidado cargos y servicios y asignáronse los sueldos a los jefes principales del ejército, los cuales sueldos, dado lo poco próspero del tesoro público y por la circunstancia de considerarse a Portugal como tierra española, fueron bastante inferiores a los acostumbrados en Italia, Flandes y Alemania. Dieron ejemplo Sancho Dávila, Francés de Alava y D. Fernando de Toledo con sus sueldos ordinarios, y el mismo Duque de Alba renunciaba al suyo como Capitán General del ejército, disfrutando sólo el de Mayordomo Mayor del Rey; cosa bien extraña en una guerra extranjera en que no se había de vivir a costa del país y, por tanto, mayores habían de ser los gastos.

## II

### Acción militar del Duque de Alba.

El 13 de junio celebróse en la vasta dehesa de Cantillana, próxima a Badajoz, la gran revista presidida por el Rey y su corte, situados en alta y engalanada tribuna. «Y habiendo dispuesto con buen orden el ejército, por medio de Sancho Dávila, Maestre de campo general, en forma de batalla, lucido por armas y vestidos, por divisas, colores y bordados que hacían florido el campo verde y tal lustre el sol que hería en los arneses, que nunca hizo tan vistoso lienzo pintor de Flandes. El Duque se mostró el primero tan alentado, que parecía huyó la enfermedad que le tenía el día antes en el lecho, con el sonar de los clarines y estruendo de los atambores, dando nuevo calor y vigor a la sangre, fría por el tiempo, aunque el espíritu era gallardo. Holgó mucho de verle el Rey, vestido de azul y blanco, colores de sus armas, y le mandó subir donde estaba, porque la necesidad hace mirar mejor y estimar los que los Príncipes han

menester más». Gallardamente desfilaron: 12 compañías de hombres de armas, con la guardia personal del Rey, 158 caballos ligeros, 350 arcabuceros a caballo y 327 jinetes de la costa de Granada; 170 caballos magníficos araudillados, como en Flandes, por D. Fernando de Toledo, gran prior de Castilla; destacamento o fracciones de los tercios viejos de Nápoles y Lombardía, al mando de Mendoza y Sotomayor; 7 de nueva creación con sus Maestres de campo; luego los 3 italianos de Colonna, Spinelli y Caraffa a las ordenes de Medicis; los 3.500 tudescos de Lodron con gran tren de artillería, 3.500 carros, 3.000 acémilas y en fin, una nube de jóvenes y alegres aventureros.

Este pequeño ejército, cuyo efectivo en filas de poco más de 20.000 hombres era la mitad del que se había proyectado en el papel, produjo entre los Consejeros del Rey el recelo de que no era el suficiente para acometer la reconquista. Prolijas y acaloradas discusiones traían los extrategos, sobre la imposibilidad de guardar la línea de operaciones y de comunicaciones con la base, a medida que el invasor fuese internándose en el país enemigo y debilitándose en guarniciones y sobre la contingencia de toda combinación naval, siempre insegura; sobre el carácter de guerra nacional a sangre y fuego que a ésta daría probablemente el exaltado patriotismo portugués.

El Duque de Alba hizo callar a todos con su irresistible autoridad. No parecía sino que este hombre ilustre, a medida que el cuerpo avanzaba en años y en achaques, se rejuvenecía el espíritu con vigor creciente y fresca lozanía. Ya le vimos en Flandes alternar rápidamente entre la ofensiva y defensiva, entre la acción impetuosa y el tortuoso maniobrar de serpiente que enrosca al adversario. Ahora, rompiendo con las reglas y preocupaciones militares de su tiempo, su plan de campaña, en idea y ejecución, se anticipa dos siglos a la pauta que dió en su primera juventud el gran Capitán del siglo XIX. Aseguró a los tímidos que con aquel pequeño ejército le bastaba, y que él lo conduciría de manera que con un sólo y certero golpe al corazón, Portugal quedaría subyugado. Además, el plan, con su atrevimiento y novedad, se ajustaba exactamente a la situación de la política, con la que siempre deben marchar en armonía las cosas de la guerra. En aquel momento la acción preparatoria y disolvente de la cancillería española, los manejos políticos de D. Cristóbal de Mora habían conseguido dividir y desarmar a Portugal; si bien

es cierto que tal situación no es siempre duradera en pueblos viriles. Bajo el aspecto militar, peor estaban Prusia en 1806 y España en 1808, que tenían su territorio ocupado por el enemigo. Por eso no se podía ahora perder momento; convenía caer como el rayo sobre Lisboa.

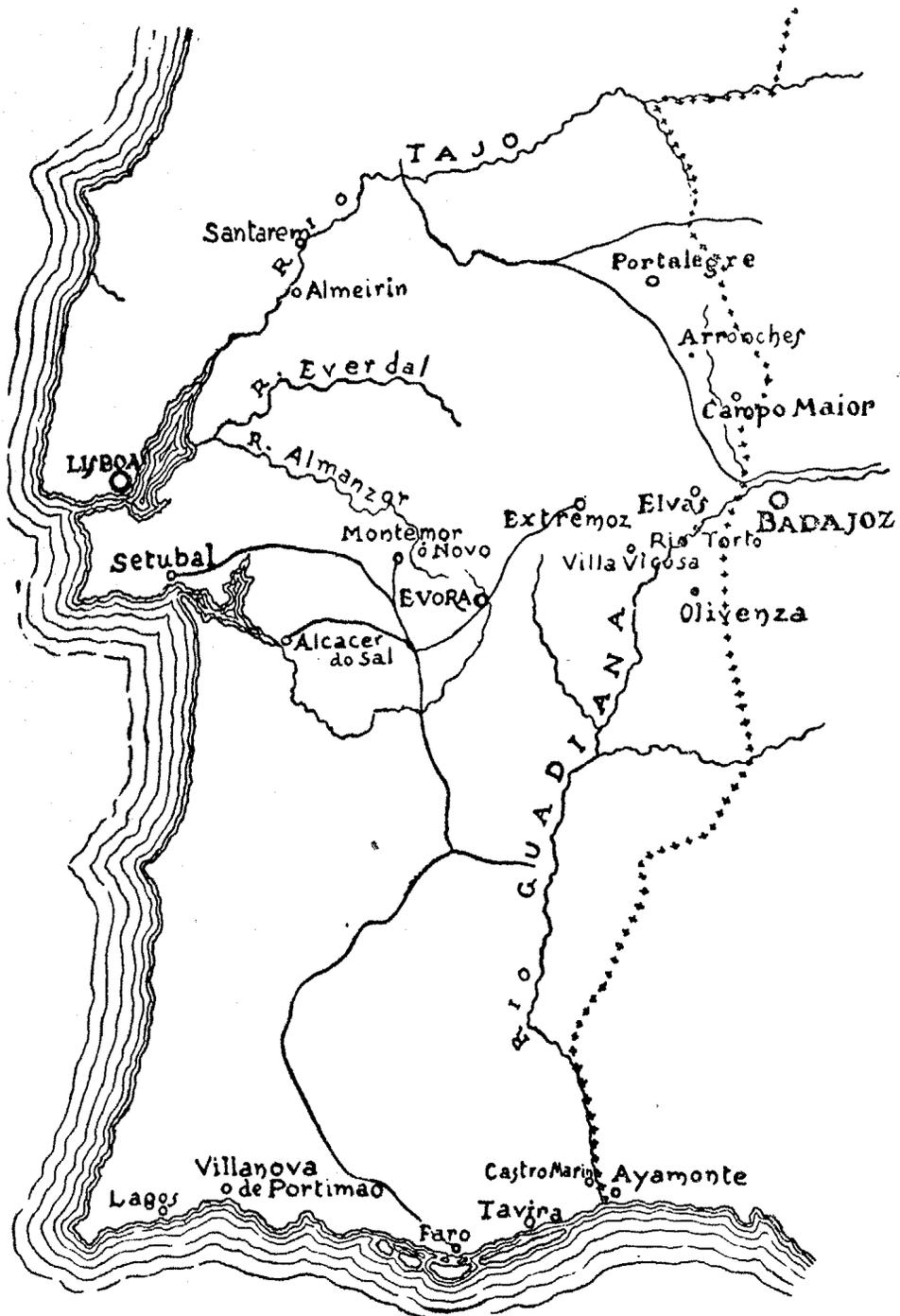
Siendo base del ejército Badajoz y objetivo principal Lisboa, la línea de operaciones no podía ser otra que el camino que, salvando la cordillera marriánica en Estremoz, penetra en la cuenca del Tajo y se dirige a Montemor (1). Para un ejército que sólo contase con sus propias fuerzas, la natural continuación de esta línea de operaciones, sería de Montemor a Lisboa que cruza el Tajo en Santarén. Pero dispuesta la escuadra del Marqués de Santa Cruz a servir de poderoso auxiliar del ejército, a éste convenía dirigirse a Setubal, puerto de la costa, objetivo secundario, nueva base de operaciones, donde aquella convergería. El avance por el alentejo sería por tanto la única operación posible para señorearse de la monarquía portuguesa.

Para auxiliar la empresa principal, inquietando a los lusitanos por toda la comarca limítrofe, confió el Rey a los magnates y señores de Andalucía, Extremadura, Castilla y Galicia, que tenían sus tierras inmediatas a Portugal, el cuidado de levantar gente de sus estados para la defensa de las fronteras e impedir que los naturales de las regiones lusitanas inmediatas, pasaran a engrosar las filas de los rebeldes, llegado el caso de guerra.

Al Duque de Medinasidonia correspondíale la parte de frontera comprendida entre Ayamonte y la raya de Extremadura; la región extremeña al Duque de Alburquerque; al Marqués de Cerralbo la zona de Ciudad-Rodrigo hasta la tierra de Ledesma; desde el Tormes hasta el marquesado de Alcañices, a cargo del Conde de Alba de Lista; entre Alcañices y Galicia al Conde de Benavente y, por último, a los Condes de Menterry y de Lemus toda la región gallega.

Luchando con obstáculos y lentitudes inevitables, el Duque de Alba logró comenzar las operaciones con una actividad entonces inconcebible. El 21 de junio la extrema vanguardia entraba sin resistencia en Villaviciosa; el 27 el grueso ejército pasaba el Guadiana, acampando el 28 en Riotorto, y destacando una columna con D. Martín de Padilla para ocupar a Elvas, Olivenza, Campo-

(1) Véase el croquis primero.



Croquis primero.

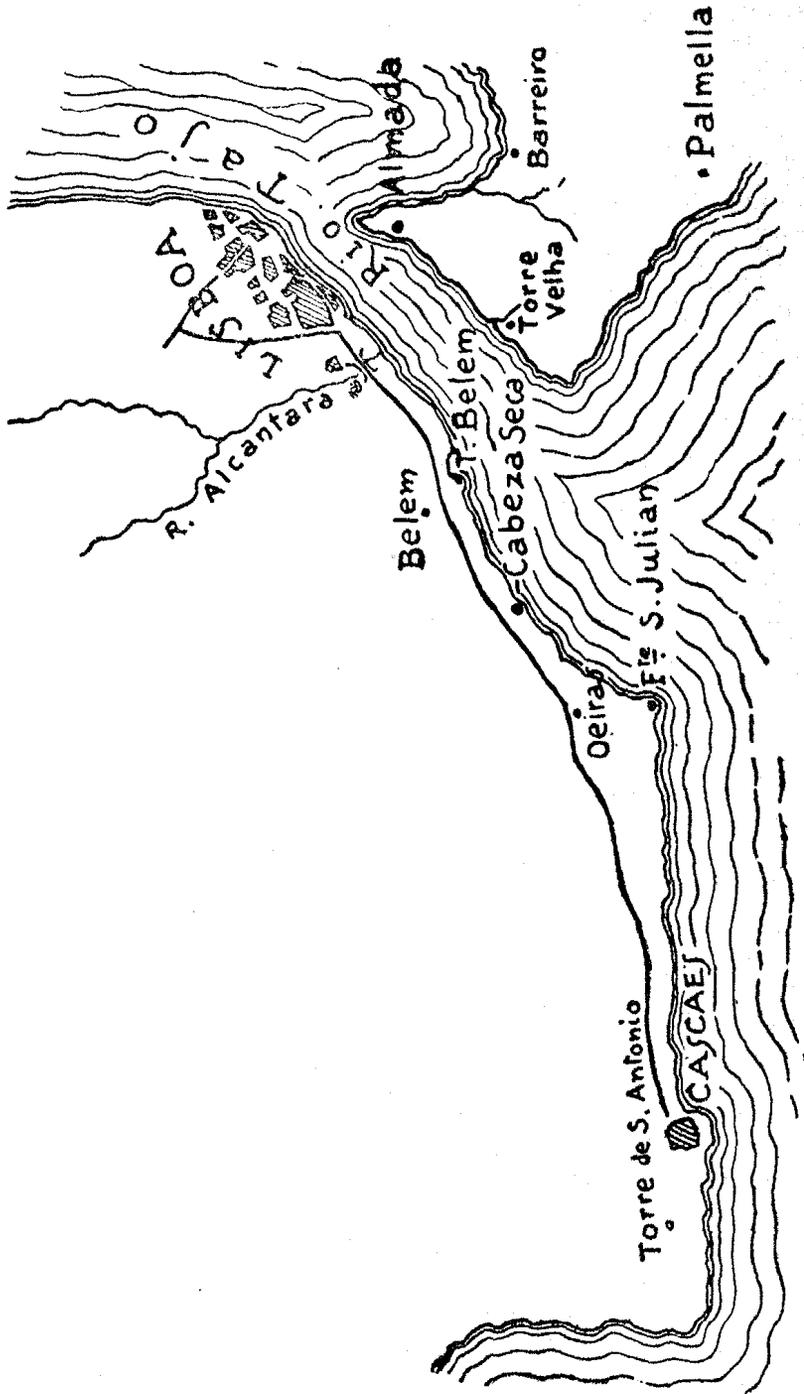
Mayor, Portalegre, Arronches y otras poblaciones fronterizas, a las cuales iba el Duque otorgando mercedes. El 1.º de julio Estremoz le abrió sus puertas a la primera intimación, mientras que la escuadra iba sometiendo Castro-Marín, Tavira, Faro, Portimaon, Lagos, hasta Cabo de San Vicente; el 7 en Evora y el 9 en Montemor y Alcazardosal, marchas todas ellas realizadas por malos caminos en que se le fueron rompiendo la mayor parte de los carros que conducían víveres y municiones, teniendo que acampar en terrenos asperísimos, abrasados por el sol y entre poblaciones assoladas por la peste, de cuyo azote pudo librar sus tropas a fuerza de previsión, de vigilancia y de rigor. El 18 rendíase Setubal, que días antes tuvo en su recinto al Prior de Crato, a quien sus partidarios proclamaron con fiestas y alborozo, y en cuyo puerto, poco después, convergía la escuadra, rindiéndose a su sola presencia las galeras que defendían la fortaleza, haciendo con ello menos difícil el ataque y sumisión del Castillo de Ontao.

Durante aquella marcha rápida, aunque embarazosa, por angostos y difíciles desfiladeros, bien pudo el Prior de Crato, apoyándose en los ríos que vierten al Tajo por su izquierda, fácilmente hostilizar el flanco derecho de aquella larguísima columna de tropas y carruajes, y sublevar, a la vez, a su retaguardia al país, obligando al ejército castellano a librar batalla en condiciones favorables a los portugueses. Aferrado con sus partidarios en Santaren, al saber que Elvas y Estremoz habían reconocido a D. Felipe como Rey, cifró todo su interés en reunir una Asamblea popular y en ella deliberar sobre los peligros del momento y la necesidad de armarse y fortificarse. Fijado el día, una inmensa multitud conmovida, dividida y sin saber lo que se la pedía, acudió, fuera de la ciudad, a la ermita de los apóstoles. El Obispo de Guarda, celebrada la misa, arengó a las masas con extremada violencia, acusando a los gobernadores de traición, excitándolas y fascinándolas con la idea de una elección popular. «Nos hace falta un jefe que nos dirija, gritó, y, ¿dónde hallaremos uno más digno, más celoso, más portugués en todo que el señor D. Antonio, que Dios nos ha dado para nuestra salvación?». Al punto movióse un tumulto de gritos, de aclamaciones, de injurias, de amenazas. Unos pretendían que aquello era una inspiración divina; otros, entre ellos los jefes de la ciudad, que no querían por Rey a un bastardo arrojado por el Cardenal, que aquello era una traición. En medio de aquella extremada agitación, un menes-

tral, el zapatero Baracho, colocando un pañuelo en la punta de una espada desnuda, y dominando con su voz aquellas otras irritadas, dió el grito que dos siglos antes había hecho Rey al bastardo de Avis. Los amigos del pretendiente respondieron con formidable explosión. El Obispo contuvo a tiempo la violencia que, no tardando, se hubiera convertido en sangrienta lucha, y D. Antonio, precedido de un porta-estandarte, volvió a Santarén, Rey por la gracia del pueblo, a la cabeza de un ruidoso séquito. De allí partió para Lisboa, donde hizo su entrada con cien hombres de a pie y cien de a caballo, haciéndose coronar del mismo modo que en Santarén. El Prior de Crato se había dormido pretendiente y despertaba Rey; se mecía un momento como en un sueño en aquel fantasma de monarquía, y el sueño se disipaba ante la brutal y siniestra aparición de los tercios españoles.

(1) Situada Lisboa a la derecha del Tajo, preciso era trasladar al ejército a dicha orilla; operación de suyo aventurada, tanto más cuanto el enemigo se apercebía para la defensa. Y ya en Setubal la escuadra y el ejército, discutióse el medio de llegar a la capital portuguesa. Tres se ofrecían: uno, marchar de Setubal a Santarén, forzar este paso y descender por la derecha del Tajo; pero el camino largo y malo cruzaba el Canha o Almanzor y otros ríos que afluyen al Tajo, país despoblado, árido, seco, grande la impedimenta, sin tren de barcas y el enemigo concentrado y fortificado en Santarén. Otro, marchar por Palmella, Barreiro a Almada, embarcar en la escuadra y pasar a la derecha de la ría; pero presentaba el grave peligro de que para llegar la escuadra a Almada tenía que forzar la entrada de aquélla, defendida por las baterías de San Julián y Cabeza Seca. Otro, en fin, consistía en embarcar en Setubal y desembarcar en la costa, entre el fuerte de San Julián y el cabo de Roca. Este último plan era el que de antemano acariciaba el Duque y el que se realizó con fortuna. En efecto, el 28 de julio, después de hacer una demostración hacia Santarén, embarcó prestamente parte de sus tropas, salió al mar y, amenazando la playa de San Antonio, fué a desembarcar al pie de la montaña en que se asienta Cascaes. El Gobernador de ésta, D. Bernardino de Meneses, general del ejército portugués, quien, engañado por las apariencias, acudió a dicha playa, tuvo que volver a Cascaes e intentar cerrar el paso al Duque con 3.000

(1) Croquis segundo.



Croquis segundo.

infantes, 400 caballos y 2 cañones; pero apenas comenzó éste a subir la pendiente con sus castellanos, el Gobernador abandonó la ciudad y se retiró al fuerte, dejando libre la entrada en aquélla, de la que también huyeron sus moradores. Dueño ya el de Alba de un puesto en aquella orilla, mandó la escuadra a Setubal para que volviese con el resto del ejército y la artillería, lo cual se verificó sin contratiempo alguno; y ya en Cascaes toda la gente, puso sitio al Castillo, que fué tomado el 1.º de agosto, viéndose el invasor al mes de operaciones frente a los fuertes exteriores de la capital portuguesa. Cuando en ésta se supo que Cascaes y su fuerte estaban en poder del enemigo, la sorpresa fué muy grande. En el primer momento, la exaltación popular, viendo que casi no había tropas en la ciudad, pues el grueso permanecía en Santerén, creó un ejército informe que tuvo la pretensión de marchar contra los españoles; calmada luego la efervescencia, el Prior reunió cuantas fuerzas regulares pudo, las aumentó obligando a los lisbonenses útiles a tomar las armas y marchó a situarse en las proximidades de Belén, villa próxima a Lisboa y avanzada hacia Cascaes. Después, mejor aconsejado, retrocedió a tomar posiciones tras el Alcántara, río que cubre inmediatamente a Lisboa por el S. O., y en las cuales se fortificó.

El Duque, por su parte, había avanzado desde Cascaes a Oeiras, donde se estableció sólidamente el 8 de agosto, y empezó a batir el Castillo de San Julián, el que a pesar de ser el más fuerte del reino, rindióse el 11 con sus 500 defensores y 40 cañones de grueso calibre. El islote de Cabeza Seca fué abandonado por su guarnición cuando el Duque se disponía a atacarlo. Dominados estos dos fuertes, que impedían el paso a la flota española, obligándola a permanecer en plena mar a merced de los vientos y temporales, quedó abierta la ría de Lisboa a los bajelos del Marqués de Santa Cruz y encerrada la armada portuguesa, con lo cual se habían de facilitar las operaciones ulteriores combinadas y dirigidas por ambos caudillos, el Duque de Alba y el Marqués de Santa Cruz. La torre de Belén, coronada con 30 piezas, cayó sin grandes esfuerzos, sirviéndose de la villa como punto de apoyo y de refugio.

En tal situación las cosas, era lógico suponer que las negociaciones entabladas por el Rey y el Duque con los de Lisboa, no interrumpidas durante las últimas funciones de guerra, hubiesen alcanzado un éxito deseado. Aunque era de esperar con las

recientes pérdidas decayese el espíritu del Prior y moderase sus pretensiones, bien fuese porque con astucia tratara de entretenir al de Alba, o porque quisiera meditar detenidamente acerca de las proposiciones que se le hicieran, ello es que retuvo el Prior siete días al emisario de Felipe II, pasados los cuales, respondió que se hallaba dispuesto a mantener su nombre de Rey. Una y otra vez había ya mediado el Nuncio de Su Santidad en Lisboa a favor de los portugueses hostiles a Castilla. Condoñase éste de las desgracias del de Crato, y apenado también por el temor de las desventuras que aguardaban a la capital si los españoles la rendían por asalto, dirigió un largo escrito al Duque exortándole compasivo a que se apiadase de la atribulada ciudad, evitando tales peligros. Loable conducta la del Nuncio en este caso; pero aún hubiera sido más merecedora de encomio su benigna intervención (según respondía el de Alba, con frase cortés, en la que traslucíase amarga queja) si, haciéndola extensiva a los obstinados partidarios de D. Antonio, interpusiese con ellos, excitándolos a que, sin tardanza, ofreciesen la obediencia al Rey Felipe, único medio de evitar su total ruina y perdición. La lentitud, acaso inconveniente y de cierto exagerada con que guió las operaciones militares para dar tiempo a un concierto que solicitaba con gran ahinco, y su tardanza en avanzar sobre Lisboa, no obstante las recomendaciones del Rey católico, quien encarecía muchísimo «la brevedad, por los accidentes que de una hora a otra podrían acaecer», acreditan la sinceridad con que procedía el Duque de Alba, al cual «se le juntaban el cielo con la tierra de pensar si había de entrar en la ciudad de Lisboa a viva fuerza, y quería antes perder la vida que hacerlo». Tan lejos iban los propósitos de concordia que impulsaban al General castellano que, en carta escrita el 23 de agosto, suplicaba a S. M. le perdonara dar lugar a tantas indignidades; «pues deseo tanto, decía, evitar la sangre y los daños tan grandes que se siguen de entrar por fuerza en Lisboa que, sin más orden de S. M., paso por esto, y hago más reverencias que un clérigo francés». En apoyo de esta opinión, será oportuno citar los siguientes trozos de un escritor lusitano: «Trabajó el Duque para reducir a D. Antonio a un partido honrado y provechoso para el reino. Hubo dares y tomares; pero el Obispo, el Conde y otros de esta manera gritaban: *aut Casar, aut nihil*, y así dieron con el reino en lo profundo del abismo».

El ejército español avanzó por fin hasta el Alcántara para dar la batalla al del Prior. Dicho río, de márgenes elevadas, poco caudaloso, de rápida corriente, afluye al Tajo perpendicularmente por delante de Lisboa, y si bien hoy corre por un arrabal de la capital, entonces distaba de ella y sólo tenía en su orilla izquierda, en el ángulo que forma con el Tajo, un pequeño caserío y frente a éste un puente que daba paso al camino que desde Cascaes conduce a Lisboa, y junto al puente un molino. En la izquierda del Alcántara, fortalecida con trincheras y baterías, tenía el Prior extendidas sus fuerzas, aglomeración colecticia y tumultuaria de 10.000 a 12.000 hombres, ocupando también el puente, el molino y el caserío. Si en D. Antonio hubiera habido pericia, en sus tropas disciplina y arte en la preparación del terreno, la posición hubiera dado que hacer al Duque. Reconocida por éste, dispuso el ataque, dando el día 24 de agosto una extensa orden del día, que bien puede tomarse como modelo en esta parte que hoy llamamos «disposición de las tropas para el combate». En ella se asigna a cada cuerpo taxativa y minuciosamente sus maniobras; se explican las señales, previenen los movimientos del enemigo..... «Y en caso que Dios sea servido (como se espera en él y en la Iglesia) de nos dar la victoria, tendrán todos los oficiales gran cuidado que, siguiéndose el alcance, en caso que los enemigos hubiesen puerta abierta a Lisboa, para entrar en ella, de acudir a la puerta para sostener que no entre nuestra gente, para estorbar la ruina de la ciudad que S. M. tanto desea.» El día 25, al amanecer, oída misa, después de situar la artillería sobre unas alturas próximas a la desembocadura del río y de ordenar que la escuadra remontase la ría a la altura del ejército formando su extrema derecha, marchó contra el enemigo en la forma siguiente: En la izquierda, la caballería en cuatro líneas, primero los arcabuceros, después los lanceros, luego los caballos ligeros y en último término los hombres de armas, dirigida toda ella por D. Fernando de Toledo; en el centro la infantería española y parte de la alemana, bajo el mando directo del Duque, formada en escuadrones a grandes intervalos; en la derecha, la infantería italiana y el resto de la alemana, mandadas por Colonna y formadas como en el centro. Colonna y la artillería debían obrar contra el puente, los molinos y el caserío, y la escuadra atacaría a las galeras enemigas, apoyando de este modo a la derecha del ejército. Sancho Dávila, corriéndose por la izquierda con siete

mangas de 300 arcabuceros cada una, y con la caballería cruzaría el río y caería sobre el flanco derecho del enemigo; el centro procuraría principalmente llamar la atención del mismo por su frente, distraerle, inmovilizarle, en tanto que Dávila y Colonna llenaban su cometido.

Comenzó la batalla la artillería; luego Colonna atacó con los italianos el puente, siendo al pronto rechazados por los arcabuceros portugueses; mas reforzados luego por los alemanes, se hizo dueño del puente y del molino próximo, y pasando a la orilla opuesta, se empeñó en porfiada lucha con el portugués, que había sido reforzado en su izquierda. Entonces Dávila, que había pasado el río, sorprendióle por su flanco derecho, obligándole a huir. La escuadra, a su vez, atacaba las galeras contrarias, que también se retiraron, quedando la mayor parte de ellas apresadas. La batalla afectó la forma de un ataque de ala y otro envolvente por el flanco opuesto, rehuendo empeñar a fondo el centro, en cuyo concepto merece clasificarse como una excepción en aquellos tiempos. Mezclados en confuso torbellino vencidos y vencedores, portugueses, castellanos, italianos y alemanes, salvan todos con rapidez vertiginosa la corta distancia que separa el campo de la lucha de los arrabales extramuros de Lisboa. Amenazada ésta de los horrores del saqueo y viendo la inminencia del peligro, D. Fernando de Toledo se adelantó a contener las demasías de las tropas victoriosas en las puertas mismas de la ciudad, conforme al deseo del Duque. El Prior de Crato, herido y oculto durante algunos días, pretendió de nuevo probar la suerte de las armas. Sancho Dávila lanzóse rápido en su persecución; expulsóle de Coimbra y, pasando a la margen derecha del Duero, merced a una maniobra tan hábil como audaz, le obligó a ocultarse de nuevo, huyendo por fin a Francia.

Así terminó aquella gloriosa conquista, que con áureos caracteres merece grabarse en los anales de la historia patria; conquista que no fué producto de la ambición, sino del derecho y de una legítima aspiración a la unidad española. La relación esquemática de los principales sucesos que la limitación de tiempo nos ha permitido hacer, nos enseña que jamás guerra alguna realizóse en Portugal con la suma pericia que en ésta del año 1580. Prepararla hábiles negociaciones que ponen de relieve la justicia con que se tiene a Felipe II por expertísimo diplomático; y las combinaciones militares que en ella se desarrollan honran eterna-

mente al Duque de Alba, quien próximo a la muerte, gana uno de los más preciados laureles que ciñeron su frente en su laboriosa y agitada vida. Desde el punto de vista estratégico, la elección de línea de operaciones, la actividad, energía e inteligencia con que guía a sus tropas; el acierto con que recaba la acción de la flota; el paso a la margen derecha del Tajo y la presencia del ejército español a las puertas de Lisboa, sin dar tiempo a que el portugués se reponga de su estupor y pueda neutralizar el efecto que en todo el país produce el rápido avance de las tropas castellanas, excitan el deseo de conocer circunstanciadamente hechos tan notables y encumbran la merecida reputación del célebre caudillo. La situación y el manejo irreprochable de las tropas; la previsión y pericia con que ordena el combate delante de la capital y la inspiración con que aprovecha el concurso de la escuadra, hacen célebre con el invicto caudillo la memorable batalla de Alcántara, que podrá citarse siempre como cuadro bellissimo de disposiciones tácticas.

D. Felipe, a pesar de hallarse gravemente enfermo en Badajoz, fué jurado solemnemente en Lisboa el 11 de septiembre. La Reina D.<sup>a</sup> Ana, su cuarta esposa, falleció en aquella ciudad extremeña el 26 de octubre siguiente. Restablecido de su enfermedad el Rey entró en Portugal el 5 de diciembre, rindiéndole respetuoso homenaje su competidor el Duque de Braganza; el 16 de abril de 1581 hizo su entrada en Thomar donde celebró cortes portuguesas y el 29 de junio entró en Lisboa, volviendo a Castilla en febrero de 1582 por Badajoz y Guadalupe, llegando a el Escorial el 24 de marzo. Cargado de laureles, a los setenta y cinco años de edad entregó su alma al criador el insigne Duque de Alba, el 11 de diciembre de 1582, en los aposentos bajos del palacio de Lisboa; y cuando aquel grande espíritu pugnaba por separarse de la mezquina materia, aún tuvo el inefable consuelo de recibir los postreros auxilios de la religión católica de manos del príncipe de la elocuencia sagrada, Fray Luis de Granada, el cual con sus muchas virtudes y saber, ilustró a la vez que su nombre, el siglo en que vivió y la nación donde sus ojos se abrieron a la luz.

LAUS DEO

Hilario González,

Numerario.